

sus llaves el uno, con su espada el otro, símbolo de su respectivo ministerio en el apostolado. Merced á Pedro el cristianismo se ha empapado en la sávia de su raíz judaica; y merced á Pablo el cristianismo se ha extendido por los pueblos griegos y por el imperio romano, es decir, por toda la tierra culta. Ya no habrá necesidad de prévia judaizacion para cristianizarse. La nueva doctrina vivirá en sí, por sí, con separacion absoluta é independencia completa de la Sinagoga; pero sin dejar de recoger lo que la Sinagoga contenia de verdadero y de eterno. Sin Pablo, la doctrina nueva hubiera sido un ebionismo, una secta judaica de aquellas que nacian, vivian y morian tristemente en el desierto, alejadas de las grandes ciudades, donde se concentran como en sus focos las ideas filosóficas; sin Pedro, la nueva doctrina hubiera sido pura y simplemente un helenismo, es decir, una especie de filosofa sin las grandes y necesarias ideas teológicas que componen como la trama de toda religion. Sin Pedro, el cristianismo hubiera sido una filosofía, que á lo sumo brillara en el seno de una escuela; y sin Pablo, una secta que á seguida muriera en el vestíbulo de la Sinagoga. Los dos han fundado, pues, el nuevo dogma.

· Pero no bastaba con admitir á los helenos en la Iglesia; por una necesidad lógica precisaba admitir tambien las ideas helénicas en la teología. A este fin cooperó, como nadie, el autor sublime del cuarto evangelio. No cuadraba, no, á la índole del espíritu helénico esa especie de separacion casi insuperable, por el judaismo establecida, entre la criatura y el Creador, entre el mundo y Dios. La ciencia platónica, desarrollada y extendida en Alejandría, proclamaba el principio de que el espíritu divino tiene su Verbo, en el cual se encuentran los arquetipos de las cosas, como el espíritu humano tiene su palabra, la cual se confunde con la esencia misma del humano pensamiento. Y para extender esta doctrina, se necesitó ponerla bajo la tutela amorosísima de un hombre, tan grande como San Juan Evangelista, el discípulo predilecto de Cristo, el que reclinaba su frente en el regazo del divino maestro mientras Judas le vendía y Pedro le negaba, el que recogió una de las últimas palabras pronunciadas por el Salvador en la cruz, el que, retirado luego á la isla de Patmos en los mares celestes de Grecia, donde todavía cantaba la sirena antigua, recogió la mas sublime de las teorías helénicas, llenando con la hipostasis de la razon divina toda la inmensa distancia que separa á la criatura del Criador. La

leyenda ha coronado las sienes de San Juan Evangelista con espléndida corona de gloria. Todos lo llevamos en nuestra retina y en nuestra fantasía, tal como lo ha trazado el pincel cristiano. Eterna juventud realza su mística hermosura hermanada con la hermosura griega; celestes ondas mueren á sus piés dibujados con las proporciones y las armonías de una estatua antigua; luz increada circunda su cabeza que en este divino éter irradia sublimes pensamientos; sírvele de pedestal esa isla de Patmos cuyas piedras cantan y de atril esa águila teológica que aletea como si moviera sus alas un viento celeste; en torno suyo los oráculos se callan, los ídolos se caen, los altares se arruinan; y hasta donde su vista alcanza, descúbrense en los arreboles del aire los apocalípticos ángeles, arcángeles, serafines y querubines, evocados por los conjuros de su palabra, tan creadora como el Verbo divino que ha aportado al seno inmortal del Cristianismo.

No bastaba con que Pedro y Santiago hubieran asentado las bases bíblicas de la religion cristiana, sosteniendo la idea del Dios de la Sinagoga; ni con que Estéban y Pablo hubieran traído á la Iglesia los helenos y los latinos, abrogando la circuncision y la liturgia material de la teología antigua; ni con que Juan hubiera añadido la idea del Verbo helénico á la idea del Dios judío; no bastaba con ninguna de estas grandes obras: habia aun léjos del océano formado por el espíritu moderno un rio de ideas, que debia desaguar en sus senos, si como estaba escrito, iba por necesidad á contener y encerrar en sí toda la humana vida. Este rio de ideas era el Oriente no judío que venia, á mas andar, á la doctrina cristiana por medio de otra doctrina, la cual, si es á primera vista confusa, no es despreciable en realidad, por medio de la doctrina gnóstica. Despues de recogida la idea de Dios en la Biblia de los hebreos y completada esta idea con el Verbo de los helenos, surgia naturalmente en las conciencias el problema de los problemas, á saber, cómo de un Dios, todo bien, ha podido derivarse el mal, problema que acongojó á Job en su estercolero, y que la teogonía asiática no pudo resolver sino por medio del dualismo, por medio de dos dioses, igualmente fuertes, dotados de poder inmenso cada uno en su esfera y que producian, este todas las cosas buenas, aquel todas las cosas malas, con mutua y absoluta independencia. El gnosticismo parecíase á las escuelas sofísticas helénicas y tenia con ellas mil puntos de



contacto. Así como el sofista, discutiendo todas las ideas, negando los principios mas evidentes, sosteniendo el pro y el contra, demostraba la fuerza in-contrastable de la dialéctica, y referia todas las cosas al sujeto, y creaba la interior personalidad humana; el gnóstico, trayendo las mil supersticiones orientales á la nueva doctrina, definia y depuraba el Cristianismo, y sobre todo le obligaba á dar su solucion soberana á los problemas arduos de la metafísica, que se imponian fuertemente á la realidad y que embargaban con imperioso embargo las conciencias. Todas las ideas para definirse y extenderse necesitan de la contradiccion; el Cristianismo se definia y divulgaba, pues, merced á las contradicciones gnósticas, cuyas largas series daban, removidas por el debate, las ideas mas necesarias; como las aguas cenagosas evaporadas por los besos del sol dan los vapores que luego se cuajan sobre las hojas de los árboles en gotas de trasparente y dulcísimo rocío. El gnosticismo cooperaba, pues, con activa cooperacion á las definiciones progresivas del dogma. De esta suerte la idea de la Trinidad iba surgiendo y brillando en la humana conciencia. Por el combate entre los pueblos paganos y el pueblo judío se concibió la primera persona, el Padre; por el combate entre los judeo-cristianos y los judíos helénicos, la segunda persona, el Hijo, el Verbo; y por el combate entre los judíos helénicos y los gnósticos, el Espíritu Santo. Así los dogmas de la religion y las ideas de la ciencia surgen de las contradicciones, como la chispa que enciende el fuego para sostenernos y calentarnos brota de un choque entre el hierro y el pedernal.

Dividíanse los gnósticos en dualistas, panteistas y ecléticos. Gnosis quiere decir en griego ciencia superior ó suprema, y esta palabra era admitida en igual sentido por varias de las escuelas cristianas. No acabáramos nunca si dijéramos todas las ideas extravagantes que contenia y divulgaba el gnosticismo. Entre sus sectarios unos admitian dos séres: el Padre desconocido y Satanás, los cuales crearon, aquel los siete espíritus sidéreos, de cuyo aliento provino el mundo visible de la luz y la raza de los humanos; y este los demonios, de cuyo aliento surgió el mundo de las tinieblas y la raza de los espíritus infernales: otros sostenian que en el principio solo existió el abismo, y que del abismo surgieron varias emanaciones, siendo la mas cercana al principio de todas las cosas la mejor, y la peor la que mas se alejaba y

difiera de este superior origen; otros sustentaban que el mundo no era obra del Dios supremo, sino del hijo, el cual, para engendrarlo, tuvo una esposa: otros negaban la naturaleza humana de Jesus, porque, para ellos, toda carne es corrupcion y decian que el cuerpo, nacido en el Portal de Belen y enclavado en la cima del Calvario, quedaba reducido á una mera apariencia: errores, los cuales si traian al seno del Cristianismo grandes herejías asiáticas y doctrinas de cábala y magia, tambien le obligaban á definirse, y sobre todo á definir el mal como cosa relativa y contingente: y si suscitaban muchas sectas, algunas de ellas extravagantísimas, tambien reunian á los verdaderamente ortodoxos, á los judeo-cristianos y á los heleno-cristianos en una sola Iglesia. El Judaismo definió la naturaleza del Padre y legó los mandamientos morales; el Paulinismo la naturaleza de la gracia divina y la unidad del espíritu humano en la Iglesia; el Helenismo la naturaleza del Verbo y la relacion del hombre y del mundo con Dios por medio del Verbo; y el gnosticismo la naturaleza del Espíritu Santo y la explicacion de la existencia del mal así en el espíritu como en el mundo.

Con razon sostenia San Pablo la conveniencia de que hubiese herejes en la Iglesia. Si el combate entre la ortodoxia y el gnosticismo no se empeñara tan fuertemente, y no diera caudales tan ricos de ideas nuevas á la doctrina teológica, seguramente, cuando vino á la movible escena de la historia un hombre de la energía en la voluntad y de la fuerza en el pensamiento, que reconocemos todos en Manes; el Maniqueismo, es decir, la dualidad de Dios hiciera retroceder la idea cristiana al Oriente y convertirse el Cristianismo en una especie de religion persa, propia solo de un pueblo militar y de una edad histórica, en que predominaba absolutamente la guerra. Y corriera gran peligro tambien al encontrarse con alma tan superior, como el alma de Montano, gran doctor eclesiástico. De vida sencilla, y de costumbres austeras; con vocaciones sublimes al heroismo y al martirio; de una elocuencia, que tenia la sencillez clásica de los griegos á veces y á veces el lujo asiático de los orientales, hubiera este hombre fundado una nueva Iglesia, de no estar la doctrina eclesiástica tan asentada como estaba en las bases de una luminosa ortodoxia; porque, inspirado en superior espíritu filosófico, divulgaba la idea de que la revelacion cristiana, por grande y perfecta que fuese, no podia aspirar al



título de revelacion definitiva; pues, así como la habian precedido la Sinagoga del Padre, la Ley de Moisés, la voz de los Profetas, debia en lo porvenir seguirla y completarla, segun las promesas de Cristo que representa la Iglesia del Hijo, aquella otra del Espíritu Santo, mas progresiva, en la cual se cumplirian todos los ideales religiosos, elevándose el género humano á un Tabor, en cuyas cimas tendria su alma algo de divina y su cuerpo algo de etéreo y trasparente por la transformacion milagrosa de nuestra íntima naturaleza. El dogma cristiano se iba formando en el combate espiritual, y definiéndose lo mismo frente á frente de las herejías orientales que frente á frente de estas otras seductoras herejías, cuya voz de sirena hubiese trastornado toda otra asociacion, falta de la fuerza moral y del sentido práctico que tenia entonces la Iglesia.

Pero, entre todas estas herejías, ninguna alcanzó la trascendental importancia que la herejía de Arrio. Y esta importancia provino así de la esencia de su doctrina como de la ocasion, que dió al Concilio de Nicea y al símbolo de la fé. Desde el siglo I al siglo IV la mas importante de las cuestiones teológicas, sin duda alguna, es la cuestion referente á la relacion que existe entre las personas de la Trinidad, ó como se decia en lengua científica, entre las hipostasis divinas. Embargaba este problema capitalísimo la vasta mente de un hombre extraordinario, la vasta mente de un retórico hábil, de un dialéctico agudo, de un pensador profundo, del célebre sacerdote alejandrino en toda la historia conocido con el resonante nombre de Arrio. Enseñaba la Iglesia una consustancialidad y una coeternidad del Padre con el Hijo, necesarias de toda necesidad, porque siendo el Hijo el Verbo y el Verbo la razon, coexistian con Dios, que de otra suerte apareceria privado en algun tiempo de inteligencia y de palabra. Verdad tal doctrina, segun los principios ortodoxos de la Iglesia. Pero Arrio pretendia destruirla con esta consideracion: nadie engendró al Padre y álguien ha engendrado al Hijo, porque al Padre le llamamos ingénito y unigénito al Hijo, denominaciones que suponen la generacion de este último. Es verdad, añadía, que el Hijo ha engendrado la Creacion; pero tambien verdad que el Padre ha engendrado al Hijo. La naturaleza de este no puede resultar consustancial con la naturaleza de aquel, sino meramente análoga; no puede llamársele Dios en esencia, sino

lo que mas á Dios se acerca en el Universo moral y material. Jesucristo es lo divino entre las criaturas; pero no es Dios. Esta doctrina minaba por sus bases toda la Iglesia; y destruía toda la obra del Cristianismo. A la luz de la ciencia pura no puede ni debe examinarse un dogma de fe, como la divinidad de Cristo; pero, á la luz de la historia, puede y debe decirse que, si Cristo no era Dios consustancial con el Padre, creador y conservador de todas las cosas, su doctrina no podia acreditarse y prevalecer en aquel mundo que circuido por todas partes de tribus bárbaras, iba muy de prisa por esta circunstancia á retroceder hácia las edades primitivas de la historia. Los Obispos ortodoxos comprendieron el peligro, y excomulgaron á Arrio en sínodo compuesto por delegados del Egipto y de la Libia. Pero Arrio, atrevido en sus ideas como todos los innovadores, tenaz en sus propósitos, allegóse numerosos partidarios en Siria y en el Asia Menor, que reunieron otro sínodo, congregado para abrogar la excomunion del sacerdote. Tomaron las disputas teológicas tal incremento, que hubo de intervenir en ellas el Emperador Constantino, el cual acababa de dar célebre Edicto, declarando, no el carácter oficial de la Iglesia cristiana como han pretendido muchos, sino su libertad entera, lo cual daba paz despues de tantas persecuciones á la conciencia perturbada de los fieles. Pero la autoridad imperial cobraba tanta fuerza que, sin declararse Constantino á sí mismo cristiano, tenia que intervenir en estas disputas. La misma imprevision, que cegó á los mas grandes Pontífices para no dar en sus principios importancia ninguna á la herejía de Lutero, cegó á Constantino, al primer Emperador, cabeza de la Iglesia, el cual llamaba á todas estas controversias, de cuyo éxito dependia la civilizacion universal, inanes disputas destinadas á divertir los ocios de los clérigos. Mas importancia ciertamente tenian. Mientras los fieles se exaltaban mutuamente hasta convertir las discusiones en guerras, é injuriarse y combatirse con crueldad en sendas porfiadas luchas; los paganos ponian en escena ridículas bufonadas, en las cuales se representaba al Padre y al Hijo dándose de palos por alcanzar cada cual de ellos la suprema categoría de verdadero Dios. No hubo remedio, sino congregarse en Concilio ecuménico á la Iglesia universal. Solamente ella podia con decision suprema é inapelable resolver estos conflictos, y cortar estas disputas.